

«Mortal hipocondría,
 que siento como daños
 de mis molestos infelices años,
 enferma de mi musa la alegría.
 Ya no, como solía,
 canta de los pastores
 inocentes amores:
 ya no canta las simples zagalejas
 coronadas de flores
 tras de blancas ovejas.
 Ya no canta ¡ay de mí! la Doris bella
 ni la Clori serrana;
 ésta grata, y aquélla
 tan cruel como hermosísima tirana.
 Ya le influye otra estrella,
 otra estrella de aspecto riguroso.
 Y, mudada la alegre perspectiva
 del tiempo venturoso,
 los males llora de mi suerte esquiva.

¡Ay musa! ¡desgraciada musa mía!
 Tras del alegre canto
 vaya tu triste llanto,
 al modo que la noche sigue al día.
 Este alivio me da en las ocasiones
 que el alma dolorida
 quiera llevar con menos aflicciones
 los *ratos tristes* de mi amarga vida.

Así exclamaba, cuando
 en éxtasis quedó mi fantasía:
 entonces parecióme que veía

una deidad llorando:
 mi misma Musa que invocado había.
 Era su rostro ya marchito y feo;
 sin luz sus ojos, como amedrentados
 al ruidoso tropel de mis cuidados;
 su cabellera blanca y sin aseo:
 toda su contextura
 á la corva figura
 de la triste vejez muy semejante.
 ¡Qué aspecto tan extraño el que tenía!
 Pone en mi mano un lúgubre instrumento,
 unísono al que pulsa la elegía,
 de ébano negro; y en el mismo instante
 me echa sus brazos, y con raudo vuelo
 por los vientos se sube
 hasta entrarse en el seno de una nube
 que le sirvió como de oscuro velo.....
 Del letargo volví; pero agitados,
 como de un grave ensueño, mis sentidos,
 levanto hasta los cielos mis gemidos,
 en lágrimas los ojos empapados.»

¿Quién era ese poeta, que con la miel bucólica de los tiempos de Boscán, clarificada momentos después por el lusitano Montemor y por Gil Polo, edulcoraba la fruta, insípida antes y de áurea corteza, de la poesía colonial? ¿Qué aliento virgiliano, venido del mismo seno de la Naturaleza, no del obscuro rincón del aula, con fragancia de campiñas en flor, y no con

olores de manoseados escolios, oreaba los vestustos arabescos de las ruinas escolásticas?

El *Diario de México*, en 1806, al calce de los *Ratos Tristes* puso la siguiente nota: «El autor de estos *Ratos Tristes* es el mismo de *Las Flores de Clorila*. Se nos ha remitido una carta en que se dice ser natural de la villa de Zamora. Otros dicen que es de Celaya y nosotros hemos dicho que es de Querétaro. Siete ciudades de la Grecia se atribuían el nacimiento de Homero. Sea de esto lo que fuere, poco nos importa. Sus producciones son muy bellas, y conservamos varias de las mejores, que se irán insertando.»

En la Villa de Zamora, hacia mediados de 1768, había nacido el poeta. Había venido á México en su primera juventud, y luego, muy pronto, se había vuelto á la provincia de Michoacán, donde tomó el hábito de San Francisco. Bajo las arcadas del claustro de Querétaro, el joven fraile comenzó á soñar silenciosamente y á metrificar sus sueños. Sus estudios de latín diéronle considerable fuerza expresiva y pulieron su versificación. A Valladolid de Michoacán, donde residió mucho tiempo, á Silao, á San Antonio de Tula, pueblecillo de la intendencia de San Luis Potosí, y al Real de minas de Tlalpujahua, el franciscano fué siempre acompañado de su musa. Tiempo hacía que, antes de que el *Diario de México* diese publicidad á las primorosas anacreónticas, el

nombre del poeta sonaba en los grupos literarios. Algunas obras suyas corrían, manuscritas, entre los cultivadores líricos. (1) El glorioso recién llegado á las letras se llamaba el reverendo padre Fray José Manuel Martínez de Navarrete (1768-1809).

Cuando con suave timidez se decidió á que sus inspiraciones saliesen de la celda, como salen los pájaros de la jaula, el guardián del convento de Tlalpujahua tenía treinta y siete años, gallarda figura, aire bondadoso y manso, y acrisolada fama de virtud.

Con su rostro apacible y sus ojos azules y limpios, suavemente iluminados por la lámpara perenne de una extática fantasía, Fray Manuel Navarrete exteriorizaba los encantos de ternura y serenidad de su espíritu. Son los mismos que caracterizan su poesía.

Entre los adornos de una retórica muy convencional y artificiosa, como la que entonces constituía el primer elemento poético, se sorprenden en Navarrete expresiones vivas, enérgicas, animadas y sinceras.

El sentimiento se revela, rompiendo moldes impuestos y quebrando adornos de papel dorado. Late, por debajo de la tela sonora y meliflua de una versificación *marginal*, un corazón

(1) El *Diario de México* comenzó á publicar los versos de Navarrete en 2 de Enero de 1806. Ya había hecho mención de ellos Juan Wenceslao Barquera, en una *carta* publicada en 20 de Noviembre de 1805.

de hombre tierno y apasionado. Brilla la imaginación rica y verdadera, entre las cuentas de vidrio de un erotismo suave y pulcro.

Meléndez Valdés influye, casi completamente, en la forma poética de Navarrete. El gusto *neo-clásico*, delicado hasta la insinceridad, simétrico hasta la monotonía, frío hasta el aburrimiento, invade casi toda la obra del fraile mexicano.

Sin embargo, entre las nimiedades caseras y las quejas almibaradas, entre los cantos á la pollita de Clori y á los canarios de Lisi, y los lamentos de los pastores de *biscuit* de las églogas, que son una prolongación del *italianismo* de Garcilaso, se agitan emociones dulces é ingenuas que nos producen ahora, á través de un siglo, la impresión de la realidad bien sentida. Lo que con más espontaneidad canta Navarrete es el amor y la tristeza.

Mejor que en la oda pindárica, que intentó más de una vez, y que en la elegía lacrimosa, recargada de citas mitológicas, y que en los cantos místicos y éticos, su poesía encuentra en la melancólica ternura ó en el apacible ardor del idilio las expresiones naturales y hermosas y las imágenes lúcidas y evocadoras.

Siente con mucha intensidad la naturaleza y la describe con brillantes matices. Su silva *La Mañana* tiene toques magistrales de colorista.

Allí está mejor el poeta que en los cantos de

gran aliento. Un lejano perfume de helenismo da, á veces, á sus pequeñas odas, aristocrático sabor. Los amores que le inspiran son, más bien que pasiones, entretenimientos apasionados, juveniles ansias, devaneos amorosos. Las deidades paganas, con sus simbólicos atributos, cruzan á cada instante por los versos de Navarrete, que, en su *neo-clasicismo*, de ellas se vale como de emblemáticas expresiones. Cupido retoza, Venus sonríe, Jove, el almo padre, es frecuentemente invocado; pasan corriendo las Gracias con las cabelleras desataadas; Pan sopla su agudo caramillo, bajo la rescura de las frondas, y sátiros y ninfas bailan, en el claro del bosque, en torno de la fuente, en cuyos cristales arde el sol. Hasta las fábulas de Navarrete toman el aspecto de sátiras antiguas:

«Una vieja de ochenta
y un viejo de cien años
para aumentar el mundo
sus bodas concertaron.

Como dos armazones
de fragmentos humanos
se presentan aquellos
novios apolillados.

A las nupciales fiestas,
como era de contado,
vino el Dios Himeneo
con su cirio en la mano.

Vino la madre Venus,
sus toallas preparando;
y su hijo también vino
y sus harpones trajo.

Cercáronse del lecho,
cuando ya se acostaron,
aquellos esqueletos
en forma de casados.

Y al verlos tan endeble,
tan viejos, tan cascados,
unos á otros se miran
los dioses soberanos.

Apartáronse al punto
Himeneo cabizbajo,
avergonzada Venus,
y Cupido llorando.»

Sin embargo, de cuando en cuando, Fray Manuel Navarrete, cediendo á las influencias del medio y al gusto de la época, cae en un prosaísmo grosero, usa expresiones triviales y crudas, imágenes burdas, toscas y mal encubiertas alusiones de sentido soez.

Leed el *Prólogo Ingenuo*, que ha pasado á las ediciones del poeta, probablemente, con serios errores tipográficos:

«Dirá quien mis versos lea
tal vez sin ningún primor:
«váyase el rudo pastor
á cantar allá á su aldea.»

Mas para cuando así sea,
desde ahora mi musa acuerda,
decirle, pues que discuerda
con su oído mi estilo llano:

«Vaya el necio ciudadano
con su crítica á la mi...
re-fa-sol-la. Esto es, á co-
mer con música, que son
dos gustos á un tiempo.»

Como acontece á casi todos los poetas mexicanos, no siempre tiene pureza su léxico. Con relativa insistencia se deslizan los *regionalismos* en la dicción poética; y, por hacerse más familiar, más íntimo, recurre á muy vulgares locuciones mexicanas. Uno de sus pruritos es el de abusar del diminutivo, el de aplicarlo impropriamente, como suele hacer nuestro pueblo:

«Heme de holgar ahora
con algunos versitos...
.....

Sí, Cupidillo tierno,
muy mole, muy blandito...
.....

La tortolita tierna
que en jaulita curiosa...»

Incurrió también Navarrete en otro abuso: abusó de la sinéresis, como todos ó casi todos

sus contemporáneos, y gran parte de los que le precedieron: ha sido éste un defecto común, por muchos años, en la poesía mexicana. No romper los adiptongos, darles valor unisilábico, es un vicio prosódico fuertemente arraigado en nuestra fonética americana.

Pero, á pesar de sus imperfecciones, que entonces no se reconocían, ó no se notaban, ó eran perdonadas por los técnicos, el poeta ejerció, al aparecer, un súbito y vigoroso predominio. Don Juan Wenceslao Barquera (llegará la hora de hablar de este hombre laborioso), escribía al *diarista de México* en noviembre de 1805, refiriéndose á las primeras composiciones de Navarrete, insertas en el periódico: «... en ellas verá usted que el lustre y la belleza de esa facultad no es tan extraña de nuestro clima. Bellas producciones del buen gusto que interesarán nuestros papeles y harán el honor del poeta que me las ha comunicado. Alternarán las mías siguiendo sus propias huellas.»

Eso hicieron muchos: seguir las huellas de Navarrete, y, por lo mismo, afirmarse en la imitación *valdesiana* que invadió la literatura de Nueva España.

La gloria de Navarrete fué como un relámpago: luminosa y breve. Cuatro años duró. En 1809 murió el poeta. No fué tampoco larga su agonía; pero, rápida como vino, le dejó

tiempo para cumplir con un escrúpulo de su conciencia; su primer biógrafo lo dice:

«Hallándose en esta situación, hizo salir de su recámara á una señora anciana, que le cuidaba, llamada doña Josefa Silva, con pretexto de enviarla por un medicamento; y, aprovechándose de aquel intervalo, puso fuego á sus manuscritos.» (1)

Tal decisión no era entre los poetas rara en tiempos pasados, ni mucho menos tratándose de frailes y creyentes. La lumbre se comía los secretos. Estas reservadas discreciones, que no parecen ser otra cosa que un excesivo pudor contra las malignidades del mundo, traen á la memoria los últimos momentos de San Juan de la Cruz, entregando á las llamas las cartas de la Doctora de Avila.

«Se sabía—agrega el biógrafo,—que perecieron treinta sonetos dirigidos á Anarda.»—¿Qué pasó por el ánimo del virtuoso poeta? ¡Quién sabe!

Don Marcelino Menéndez y Pelayo disculpa los inocentes erotismos del fraile franciscano, atribuyéndolos á prurito de imitación y artificio. A decir verdad, yo veo algo más que el afán literario en la obra de Navarrete, y, más que veo, siento que un alma, delicadamente simpática, revela un poco, descubre á medias,

(1) *Memoria sucinta de los principales sucesos de la vida de Fr. Manuel Navarrete, escrita por un íntimo amigo suyo: figura en todas las ediciones de las Poesías de Navarrete.*

sus misteriosas agitaciones de ternura y afecto. Nada real, nada positivo se encontrará tal vez, en lo referente á devaneos amorosos, en la vida de este virtuoso varón. Pero de las reconditeces de su corazón apasionado salen estas voces suaves y castas, estos reclamos de ave, estos versos de dulzura inefable. Los deliquios pastoriles, las aventuras idílicas, no están vividos, sino soñados. El Padre Navarrete no amaba á Clori, ni á Filis, ni á Lisi, ni á Anarda; amaba á la ilusión; amaba al amor. Y en la lámpara de su fe, comó en un vaso sagrado, caían y se quemaban gotas de poesía pagana, esencias de voluptuosidad y deleite.

Ello es que, en su tiempo, nadie puso reparo á los cánticos eróticos de Navarrete. Don José Manuel Sartorio, á quien tocó juzgar, como censor, de las odas que, con el título general de *La Inocencia*, dedicó el poeta á la *Arcadia Mexicana*, de la cual fué electo Mayoral, dijo: «¿quién puede negar su aprobación á estas bellezas tan dignas de salir al público?»

*
* *

El censor que así habló pasaba entonces por uno de los sabios en bellas letras más rectos y juiciosos. Era un hombre lleno de piedad, de bondad y de santidad, el presbítero don José Manuel Sartorio (1746-1829). Era

también un poeta. Un poeta ramplón, añiñado, humilde.

Cuando hizo el elogio de Navarrete alcanzaba los sesenta años. Había sido alumno de los Jesuítas, rector de colegios, catedrático de historia y disciplina eclesiásticas, capellán de varias instituciones religiosas, examinador sinodal del Arzobispado de México, presidente de Academias de humanidades. Su fama de orador se había extendido por todo el reino. Sin embargo, su vida no había dejado de ser modesta y pobre. No poseía bienes de fortuna; amaba las letras; cultivaba el latín; vivía una vida sencilla, cristiana, amable y pura. Era un cura risueño, afable, nervioso; un imaginativo incansable. Gustaba de hacer versos, muchos versos. Rimaba incesantemente su existencia, hasta en los episodios más baladíes y comunes. Cuando no tenía qué rimar, rimaba las oraciones de sus breviarios. Así, su obra poética resulta caudalosisima; casi toda ella es sagrada y piadosa. Tradujo, glosó, parafraseó, imitó pasajes bíblicos, plegarias cristianas, vidas de santos, letanías, secuencias, antífonas.

Era inagotable, constantemente prosaico, fofo y chavacano.

Una mano amiga, una curiosa gratitud, recogió en 1832 cuantas rimas del Padre Sartorio pudo encontrar. Son muchas. Están coleccionadas en siete gruesos tomos en octavo. Allí se leen, además de las poesías místicas,

décimas de encargo, sonetos sobre temas familiares, octavas para felicitación, epigramas insulsos, redondillas para coleccionar limosnas, epitafios extravagantes, fábulas insustanciales, canciones para despertar á las novicias el día de su profesión; versos sueltos á personas y animales, á damas nobles, á madres abadesas, al Arzobispo, al Virrey, y á un can llamado el *Mono*, y á la *victoria de un perico*; á las caseras, á los pobres que andaban desnudos, á una viejecita que pidió versos al poeta: verdaderas inocentadas todas. Varias de estas fruslerías están escritas en versos latinos. Las más, en castellano de inferior calidad. Se dirían ensayos de un párvulo en una pizarra escolar. Escuchad:

*A una viejecita que aseguraba haberme amado desde niño, y me pidió le hiciese un verso para tener consigo una cosa de mi composición.—
Décima extemporánea.*

Puedo, Ignacia, asegurar
que correspondo al cariño,
con que, desde que era niño,
tú me comenzaste á amar.

Ninguno podrá negar
que yo un ingrato sería
si á amor de tanta hidalguía
mi amor no correspondiese.
El verso ya está hecho: cese
de cantar la musa mía.

A OTRO

Hermanito mío querido,
goza el día de tu Santa;
y con alegría tanta
que lo goces muy cumplido.

José María Julián,
hijito mío querido,
unos versos me has pedido;
ya te los doy: aquí están.

A UNA COMADRE RELIGIOSA

Luego al instante que supe
que la suerte te me dió
por comadre ¡oh, cuánto yo
me he alegrado, Guadalupe!

Pero sin que me preocupe,
es fuerza que más me cuadre
que apellidarte comadre,
como tu criado servirte
y, como tu hijo, decirte
Madre, Guadalupe, Madre.

Se nota desde luego que tales insulseces están elaboradas de encargo. El cura Sartorio

repartía á sus feligreses versos y bendiciones. La sacristía de su parroquia, á manera de un infimo Parnaso, se había convertido en un lugar donde las musas bajas y populares dictaban al bachiller las rimas más tontas. En ocasiones la sátira asomaba su aguijón entre estas florecillas de trapo. Y he aquí que la gracia resultaba ingenua, pero burda:

ALUDE Á UN PERRO LLAMADO «EL TERRIBLE»

«Contáronme, señora (caso horrible), que en vuestra casa vive una gran fiera, á quien su condición brava y severa mereció que le llamen el *terrible*.

Parecióme, por tanto, inasequible el horror de subir vuestra escalera, temiendo que el mastín me acometiera y me hiciera un servicio no sufrible.

Mas sabiendo después, que, á hocico abier-
(to,

abrasó solamente entre sus fraguas las enaguas de Albina:—Ya á cubierto

estoy—dije, saliendo de mil aguas;—no será tan terrible, no, por cierto, pues acomete sólo á las enaguas.»

SOBRE EL BANDO QUE CONDENÓ Á CÁRCEL
Á LOS POBRES DESNUDOS.

«Una manta á su cuerpo trae pegada, y tal vez nada más, la pobre gente; mas no ofende al pudor, pues finalmente es su tápalotodo una frazada.

Chupa y calzones lleva una alindada currutaca persona: es evidente; mas los bultos descubre impuramente de partes y trasero. ¡Ay! que no es nada!

No obstante, la celosa policía perdona á ese tapado descubierto que más bien la sentencia merecía;

y condena al desnudo, aunque cubierto. ¿Esto por qué será? Juro á fe mía, que es porque el pobre siempre hiede á muerto.»

Aunque docto y severo en sus composiciones religiosas, todo lo que en estos juguetes profanos es vulgar y atrevido, no abandona Don José Manuel Sartorio su pedestre y desmañado estilo, y sólo muy de tarde en tarde se perciben, por entre el musitar de beatas de su versificación, algunos cristalinos acordes de harpas bíblicas y una que otra vibración de tiorbas angélicas.

Ensayó este poeta su numen en metros y combinaciones diversas: arte mayor y menor; liras á la Fray Luis; octavas reales, endechas, serventesios, coplas, romances. Y hasta com-

binaciones rítmicas de raro acento musical, como en este bello pasaje, dialogado, en un *rasgo* dedicado á Nuestra Señora de los Dolores:

MARIÓFILA.

PARTENIA.

M.—¿Oyes, Partenia fiel? Ven; vamos juntas al monte de la mirra.

P.— En hora buena; vamos unidas.

M.—¿Y sabes á qué vamos?

P.— A llorar con María.

M.—¿Sabes que pena?

P.— Muy afligida.

M.—¿Harás por consolarla?

P.— Es madre mía.

M.—¿Y lágrimas bastantes darás?

P.— Corridas.

M.—¿La aliviarás?

P.— Confía.

M.—¿Pues ya qué nos detiene para ir á toda prisa?

P.— Hermana, vamos, y en el viaje que hacemos mátenos el dolor.

M.—¿Cómo le mostraremos nuestro sensible amor?

P.— Mariófila, las dos llorando sin cesar.

LAS DOS.—La podremos ¡oh Dios! algún tanto aliviar.

P.— Ya oigo de mi adorada el funesto gemir.

M.—La pena de mi amada no puedo ni sentir.

LAS DOS.—Almas: ¿cuál es aquella, que de esta Madre bella comprenda el gran pesar?

Estos versos extraños nos sugieren la idea de que son adaptaciones á un canto ritual.

Mas después que alguien se ha dado cuenta de labor tan pródiga, queda la impresión de haber recorrido un vasto campo árido, un llano extenso, que sólo aquí y allá deja asomar, entre los secos yerbajes de Noviembre, el cáliz pálido de una que otra retrasada amapola.

Y este poeta prosaico y fecundo, este émulo de Rabadán, de repente, por obra de una extraordinaria exaltación sentimental, sacudía sus ramplonerías, olvidaba su verbosidad casera, cerraba los ojos ante la vulgar visión de la vida, y prorrumpía en deliciosos himnos de amor sacrosanto, inspirados en la más pura fuente mística, en los cánticos del profeta, en las divinas *fioretti* que en la sombra medioeval se mecen acariciadas por brisas del cielo, en los deliquios enfermizos de Santa Teresa, en las contemplaciones luminosas de Luis Ponce de León. Es incorrecto todavía; pero ya no